

ALAIN FINKIELKRAUT - PAUL SORIANO

Internet, el éxtasis inquietante



libros del
Zorzal

Finkielkraut, Alain
Internet, el éxtasis inquietante / Alain Finkielkraut y Paul Soriano
1a ed. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006
96 p.; 21x14 cm. (Mirada atenta)

Traducido por: Alejandrina Falcón

ISBN 987-1081-84-7

1. Ensayo Francés I. Soriano, Paul, II. Título CDD 844

TRADUCCIÓN • ALEJANDRINA FALCÓN

EDICIÓN • IXGAL

DISEÑO • VERÓNICA FEINMANN

Esta obra fue publicada con el apoyo del Centre National du Livre / Ministerio Francés a cargo de la cultura. *Ouvrage publié avec le soutien du Centre National du Livre / Ministère Français chargé de la culture.*

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación Victoria Ocampo, ha recibido el apoyo del Ministère des Affaires Etrangères y del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina. *Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère des Affaires Etrangères et du Service Culturel de l'Ambassade de France en Argentine.*

TÍTULO ORIGINAL: *Internet, l'inquiétante extase*

© Mille et une nuits, département de la Librairie
Arthème Fayard, 2001

© Libros del Zorzal, 2006
Buenos Aires, Argentina

ISBN 987-1081-84-7

Libros del Zorzal
Printed in Argentina **cultura Libre**
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido
de *Internet, el éxtasis inquietante*, escribanos a:
info@delzorzal.com.ar

www.delzorzal.com.ar

ÍNDICE

Por un pensamiento libre Fundación 2 de Marzo	9
Prólogo	13
Libertad fatal Por Alain Finkielkraut	15
Debate con Alain Finkielkraut	35
El Cero-uno y el Infinito: ¿un humanismo sin hombre? Por Paul Soriano	49

POR UN PENSAMIENTO LIBRE
Fundación 2 de Marzo

Defender la expresión de un pensamiento libre para contribuir a instaurar –o a restaurar– una “democracia fuerte”¹: tal es la razón de ser de la Fundación 2 de Marzo.

Ineluctable y deseable, deseable por ser ineluctable: en estos términos, el conformismo dominante describe al mundo por venir. Ya no se trata de conseguir nuestra sumisión mediante la amenaza del castigo, sino a través de la promesa del placer. Así, se insta a los ciudadanos a aprobar, e incluso a querer, lo que existe, conforme a esta nueva versión del sentido de la Historia. Que se hable del euro o del poder supuestamente irresistible de los mercados financieros, del fin de la igualdad republicana o de Internet erigida en nueva fe, el discurso no varía: no hay otro camino posible. Hay que avanzar –que los gruñones y demás reaccionarios averigüen hacia dónde–. Éste es el discurso positivista que hace eco al “no hay nada que hacer” balbuceado por la clase política, ayer, frente al

¹ La expresión es de Pierre-André Taguieff, presidente de la Fundación 2 de Marzo.

desempleo masivo; hoy, frente a la disgregación de las zonas periféricas.

La Fundación 2 de Marzo nació –bajo el nombre de Fundación Marc Bloch– de una rebelión intelectual en contra de esta renuncia de las elites a actuar en pos del interés general. Reúne a intelectuales, sindicalistas, militantes, investigadores y, de manera más general, a ciudadanos preocupados por la “cosa pública”, los cuales, más allá de sus sensibilidades diversas –que van desde el comunismo hasta el gaulismo–, coinciden en cuanto al diagnóstico. Amenazada entre dos fuerzas, la globalización ultraliberal y las regresiones identitarias de toda clase, la sustancia misma de la democracia, ese “mundo común” del que hablaba Hannah Arendt, se ve amenazada. El conformismo ambiente domina el debate de las ideas, de hecho, mucho más que la voluntad consciente de unos u otros. A falta de opciones reales ofrecidas a los electores, bajo pretexto de una división derecha-izquierda, que se ha vuelto meramente retórica, la vida política está dominada por el “partido plural único”. El avance correlativo de la abstención electoral alimenta el peligroso fantasma de una ciudad gobernada por los periodistas, los jueces y los expertos.

Frente a esta evolución, la indignación no alcanza. Sólo el trabajo intelectual, garante de una reflexión rigurosa e independiente permitirá pensar las mutaciones que vive nuestra civilización y resituar la idea de “interés general” en el corazón del debate público y de la acción política.

Abierta a todos aquellos que rechazan el mandato de las “evidencias” y que están dispuestos a asumir el riesgo de pensar a contracorriente, la Fundación organizó gran cantidad de conferencias y debates, así como tres seminarios de verano. Por otra parte, ha publicado, bajo la forma de notas y de libros, numerosos textos escritos tanto por autores de renombre como por jóvenes investigadores.

Hoy, y éste es el sentido de su asociación con la editorial *Mille et une nuits*, la Fundación 2 de Marzo tiene la intención de ampliar sus campos de investigación, su auditorio y el abanico de sus oradores: ninguna lógica partidaria debe restringir la libertad de pensar. Es necesario, por consiguiente, que los temas abordados respondan tanto a los grandes interrogantes políticos como a las preguntas planteadas en el campo de la cultura o de la sociedad. Esta nueva colección inicia una ambiciosa política editorial destinada no a imponerse o a defender determinada “línea” sino a estimular la reflexión de un público amplio.

Élisabeth Lévy

PRÓLOGO

“Los nuevos poderes contra la democracia”: tal era el tema del tercer seminario de verano de la Fundación 2 de Marzo. En efecto, confrontadas con un proceso de acelerada globalización económica que se presenta como inevitable y, por lo tanto, como deseable, nuestras sociedades ven emerger o consolidarse poderes que ignoran las fronteras y que se sustraen a toda legitimidad democrática: mercados financieros, mafias.

Internet y, más ampliamente, las nuevas tecnologías de la información, cuya omnipresencia se elogia tanto, constituyen sin duda el medio de comunicación masivo más adaptado a la ideología que preconiza el fin de la Historia y la desaparición de todas las fronteras.

No obstante, ¿podemos afirmar que, a partir del desarrollo de la sociedad de la información y de Internet, asistimos al establecimiento de un universo orwelliano, caracterizado por la uniformidad generalizada?

La Fundación 2 de Marzo recibió a Alain Finkielkraut y a Paul Soriano para debatir el tema. Frente a esta cuestión, tenderíamos a creer que la distribución de los roles ya está fijada: Alain Finkielkraut en posición de ataque, y Paul Soriano para la defensa...

Sin embargo, las cosas no son tan simples. Alain Finkelkraut, hombre de cultura clásica, de tradición, un "arcaico" para nuestros "modernoides", sorprenderá. Sorprenderá a quienes lo consideran un retrógrado. En cuanto a Paul Soriano, hombre del nuevo mundo, es una suerte de mutante, pues decodifica dicho mundo tomando la perspectiva de lo antiguo, de la cultura y de lo escrito... Asistiremos quizá a un interesante intercambio de roles o, en todo caso, a la formulación de una crítica menos predecible y más paradójica de este mundo multimedia que nos incitan a amar.

LIBERTAD FATAL

ALAIN FINKIELKRAUT

Cuando escucho los eslóganes de la revolución digital, cuando miro –¿cómo no hacerlo?– sus innumerables filmes publicitarios, tengo la penosa impresión de vivir en el reino de los muertos, de ser el sobreviviente un poco aturdido de un mundo sepultado, un sobreviviente de la Atlántida.

Estos eslóganes y estos filmes, extáticos e impiadosos, me recuerdan mi condición de vestigio, de fósil, de residuo, de reliquia, de anacronismo, de hombre de las cavernas, de dinosaurio, de noble destituido... Según ellos, soy el testimonio encarnado del Antiguo Régimen, de la comunicación anterior a la interconexión, de la vida mutilada anterior a la *vida.com*.

Sólo de mí depende, es cierto, formar parte de la generación Internet, ya que, precisamente, es transgeneracional. Se me pide una sola cosa: estar *ready*.

Pero, es cierto, me resisto, me empecino, sigo obstinadamente desconectado de las “fuerzas vivas”: al mantenerme a distancia de las máquinas, me atrincherero, en cierto modo, en lo perimido, me aferro a mi lapicera, a mis papeles y a mis queridos amigos, los libros.

Entonces, invitándome, arrastrándome incluso, a esta mesa redonda, la Fundación 2 de Marzo me obliga a expresar mis razones y a elucidar esta tecnofobia, para retomar un instante, sólo un instante, el término forjado por los "tecnólatras".

Así, desdeño la pantalla, pero ¿acaso puedo querer que la máxima de este desdén se convierta en ley universal?

Ante todo, descarto la hipótesis psicológica de la pereza y aquella otra, fisiológica, del envejecimiento.

Por cierto, cuanto más avanzamos en edad, más nos cuidamos, menos flexibles, abiertos y adaptables somos. La rigidez es el triste atributo del retrógrado.

Pero hay tantos veteranos que navegan eufóricamente por el ciberespacio y que, no bien regresan de su primer viaje, ponen un celo tan tenaz en convertirnos que se necesita mucha fuerza de voluntad para no vivir conectado.

Los viejos y los jóvenes, los colegas y los niños, todo el mundo hoy en día se hace cargo del compromiso asumido por France Telecom de "hacerme amar el mundo del año 2000", es decir, el mundo multimedia. Algún día quizá me falte la energía para decir "no"; la pereza entonces triunfará y suscribiré a la lógica histórica, me dejaré llevar por la ola y, para que me dejen en paz, nadaré en el sentido de la corriente.

La segunda hipótesis me la sugiere el discurso apocalíptico que en la actualidad responde al desarrollo planetario de Internet, pues el entusiasmo por

la cuarta dimensión es ciertamente mayoritario y transgeneracional, ya lo he dicho, pero no es unánime. Como lo muestran Michel Bera y Éric Méchoulan², Internet permite la creación de una base de datos en la que están repertoriados, clasificados y fichados los individuos, como nunca antes.

Nuestra *evolución* en la Red corre el serio riesgo de traer aparejada una *evaluación* ininterrumpida, y con ella, una perpetua actualización de nuestro perfil de ciudadano o de consumidor. Así como no hay nada que escape al registro, tampoco hay nada que no sea, de una forma u otra, explotable.

Entonces, muy pronto quizá ya no exista el derecho a borrarse o a existir sin dejar rastros. Habremos conquistado todos los derechos y perdido el derecho a la discreción.

Cuantas más prótesis haya, menos vida privada y menos fuero interno tendremos. Cada uno de nuestros gestos, cada uno de nuestros pensamientos, cada uno de nuestros sueños, se inscribirán en alguna parte y, por lo tanto, serán una información, incluso una confesión. Aunque murmuramos, seremos escuchados. Un espionaje generalizado reforzará la comunicación sin fronteras y, pese a su anarquismo resplandeciente y a su hostilidad militante contra toda forma de regu-

² Bera, M. y Méchoulan, É., *La Machine Internet*, París, Odile Jacob, 1999.

lación, los libres hijos de lo digital estarán atrapados en la Red.

¿Quién será entonces la Gran Araña? ¿Quién sacará provecho de este archivo sin desperdicio? Tal vez, los beneficios serán menores para los Estados que para las empresas, los grupos colosales y las multinacionales —en su mayoría estadounidenses— que poseen los satélites, los cables, y que controlan los flujos. Pero esta transferencia no es de ningún modo tranquilizadora, y además Big Brother puede tener más de un rostro.

El ingreso en la era de la *rastreabilidad* universal o de la omnimemorización acredita la idea deleuziana de un reemplazo del hombre de las disciplinas por el hombre del control.

Las sociedades disciplinarias, explica Gilles Deleuze en un libro intitulado *Pourparlers*, hacían pasar a los individuos de un medio cerrado a otro, de la familia a la escuela, de la escuela al cuartel, del cuartel a la fábrica, y estaban equipadas con *máquinas energéticas*. Equipada, de ahora en adelante, con *máquinas informáticas*, la sociedad ya no funciona por encierro sino al aire libre, por control continuo y comunicación instantánea. Peligro totalitario de una vigilancia omnipresente, peligro imperialista de una colonización del hiper mundo por los EE.UU. triunfantes, un nuevo poder quizá esté comenzando a instaurarse con Internet, “esa suerte de señorita del teléfono capaz de recordar, no sólo todos los remitentes y todos los destinatarios de mensajes de todo tipo, sino

también el contenido de esos mensajes”, como escriben Michel Béra y Éric Méchoulan. Sería difícil no estremecerse ante semejante perspectiva: me estremezo entonces. Pero, si quiero ser honesto, debo reconocer además que este temor no deja de ser para mí un tanto formal, por no decir virtual, y que la preocupación apocalíptica de los enemigos declarados de la vida *on line* no obtiene mi total adhesión.

A las amenazas, a los inconvenientes, a las pérdidas deploradas por aquellos que ven con malos ojos que la impetuosa avanzada de los multimedia conmueva, no sólo nuestros hábitos de consumo y nuestro entorno cotidiano, sino también nuestro comportamiento privado, profesional y, dentro de poco, político, los amigos de la Red oponen las promesas fantásticas de la nueva frontera, y creo que tienen razón. Las ventajas predominan sobre los inconvenientes; las ganancias, sobre las pérdidas; las promesas de libertad, sobre las amenazas de dominio. La utopía está a nuestras puertas, el lirismo libertario está más en sintonía con el mundo por venir que la retórica crepuscular, y eso es lo que debería darnos miedo.

Encontré mayores motivos de preocupación en la aurora anunciada por los amigos de Internet que en los discursos apocalípticos de los enemigos de Internet. Pues no es hacer propaganda engañosa afirmar que el hipermedio planetario ofrece un mundo cada vez más *flexible* y más *accesible* a un individuo dotado del privilegio de la *ingravidéz*, de la *ubicuidad* y de la

interactividad. Es muy cierto que el usuario de las nuevas máquinas tiene, ligado a una total libertad de acceso y de elección, la posibilidad de jugar a su antojo con los datos del texto, del sonido y de la imagen, que ahora se hallan imbricados. Aquello que estaba lejos se encuentra ahora al alcance del teclado, aquello que era público se privatiza, aquello que era imperativo se vuelve interactivo. La era de la estandarización mediática está clausurada, entramos en la era de la "des-mesura". Nicholas Negroponte, director del laboratorio de medios de comunicación masivos del MIT, suele decir esta frase: "La hora de la gran escucha es mi hora de escucha". Los nuevos medios ya no son los medios de masa. Para decirlo en los términos de los iniciados, se pasa cada vez más del *broadcast* al *pointcast*, es decir, de la información común a la selección de la información. Por cierto, no todo es perfecto aún: hay incidentes, tanteos, embotellamientos, retrasos en la Web, la circulación no siempre es fluida, pero, como dice Jean-Marie Guehenno, un poco de paciencia basta para que el entorno informático, como un viejo zapato que ha tomado la forma del pie que lo calza, adquiera los gustos y las costumbres de cada internauta. El perfeccionamiento de los motores de búsqueda evitará las malas sorpresas y los encuentros molestos: "donde quiero, cuando quiero, si quiero..." Ésa es la alegre divisa de los navegantes de lo virtual. Y muy pronto también será su realidad. Pero ¿qué sucederá entonces con el resto, con lo que resiste, con lo que

desconcierta? ¿Qué sucede con la exterioridad? ¿Qué sucede con el no-yo? ¿En qué se convierte el mundo si el mundo es mi mundo?

La sumisión de la realidad a las representaciones y a los dictados de la voluntad no es una libertad ilusoria sino una *libertad fatal*, porque nos priva de lo que se nos escapa y nos despoja de lo inapropiable. Esta idea de *libertad fatal* me ha sido sugerida, no por un filósofo, sino por un cineasta: Fellini, muerto demasiado pronto como para pensar Internet, pero que ha descrito mejor que nadie el traspaso de poderes del cine a la televisión.

Escribe lo siguiente:

"Pienso que el cine ha perdido su autoridad, su misterio, su prestigio, su magia. Esa pantalla gigantesca que domina una sala amorosamente reunida frente a ella, llena de pequeñísimos hombres que miran rostros inmensos, labios inmensos, ojos inmensos, que viven y respiran en una dimensión inalcanzable, fantástica y real a la vez, como la del sueño, esa pantalla grande y mágica ya no fascina: hemos aprendido a dominarla, somos más grandes que ella. Veán en qué la hemos convertido: en una pequeña pantalla, pequeña como un almohadón, entre la biblioteca y una maceta de flores. Algunas veces, se la ubica incluso en la cocina, cerca de la heladera. Se ha convertido en un electrodoméstico, y nosotros, en nuestro sillón, control remoto en mano, ejercemos sobre estas pequeñas imágenes un poder total, ensañándonos contra lo que nos resulta ajeno o

aburrido. En una sala de cine, aun cuando la película no nos gustara demasiado, la timidez que nos inspiraba la pantalla grande nos obligaba a permanecer en nuestro lugar hasta el final, aunque más no fuera por una coherencia de orden económico: habíamos pagado nuestra entrada. Pero ahora, por una suerte de venganza rencorosa, no bien aquello que estamos viendo comienza a exigir una atención que no tenemos en absoluto ganas de darle, apretamos un botón y reducimos al silencio a quien sea, borramos las imágenes que no nos interesan, somos los amos: ¡qué aburrido este Bergman! ¿Quién dijo que Buñuel es un gran director? ¡Salgan de esta casa, quiero ver el football o las variedades! Así nació un espectador tirano, un déspota absoluto que hace lo que quiere y que día a día está más convencido de que el cineasta es él, o al menos el que muestra las imágenes que está viendo.”³

Esta reflexión sobre el traspaso de los poderes entre el cine y la televisión sitúa a Fellini en las antípodas de Brecht y de su célebre *Verfremdungseffekt*, ese efecto de extrañeza, de alejamiento o, como también se suele decir, de distanciamiento que preconizaba contra el efecto hipnótico del teatro tradicional: más que hechizar a los espectadores y sumirlos en un estado extraño, Brecht quería *desfascinarlos*. No soportaba que los hijos de la era científica pudieran

³ *Fellini por Fellini*, Calmann-Lévy, 1983, pp. 192-193.

quedar *boquiabiertos*. En cambio, aquello que no soporta Fellini es que las prótesis de la era científica supriman implacablemente esta posibilidad, y que permitan a cada uno castigar la superioridad, vengarse de lo elevado. Del cine a la televisión, lo que cae es la alienación, la posibilidad de remitirse a otro. Embriagado de poder, el espectador se convierte simultáneamente en esclavo de su voluntad, en el rehén de su propio poder discrecional. Encerrado en su demanda, librado a la satisfacción inmediata de sus deseos o de sus impacencias, preso de *lo instantáneo*, el hombre del control remoto no está condenado a ser libre, está condenado a sí mismo por su fatal libertad. Nada está prohibido para él, salvo quizá quedar él mismo inhibido o desconcertado. Y esta condena se agrava: al poder de hacer *zapping* y de interrumpir agregó ahora el de navegar, clicar e intervenir.

Ahora bien, es precisamente, siglo XXI obliga, este déspota febril, este individuo soberano e inalienable, el que, con Internet, hace su entrada inexorable en la escuela: todos los días, nuestros periódicos evocan la llegada de nuevas tecnologías a los institutos, a los colegios secundarios, al primario, y las extraordinarias mutaciones que las innovaciones traen aparejadas.

En efecto, esta invasión es irresistible, porque la voluntad de modernización se conjuga, en este caso, con la preocupación republicana de no cerrarle las puertas de la nueva Ciudad a nadie. ¿Acaso no es una buena acción reducir, e incluso absorber, la fractura

digital (el *digital divide*) y crear una sociedad de información para todos, poniendo a todas las clases de todas las escuelas *on line*? Es posible.

Pero mejor acción sería preguntarse (antes de cometer lo irreparable y de acabar desde la escuela –o mejor dicho: por la escuela– con la “infopobreza”): ¿qué es un *info-rico*?

Una primera respuesta a esta pregunta nos la brinda el periodista Michel Alberganti, en un libro intitulado: *À l'école des robots, l'informatique, l'école et vos enfants*⁴ (*En la escuela de los robots, la computación, la escuela y sus hijos*).

Alberganti opone el siglo XIX, al cual todavía pertenecemos, al siglo XXI que nos está librando de aquél.

“La escuela del siglo XIX tiene dos modelos: la Cárcel y la Iglesia.”

Primer modelo: la Cárcel.

“La escuela, cárcel en la que los alumnos aprenden en aulas-celdas, dirigidas por profesores, guardianes exclusivos de los conocimientos autorizados.”

Es una imagen caricaturesca, concede de inmediato Alberganti, pero añade que describe con bastante precisión el marco general del sistema educativo tradicional. Esto nos remite a las sociedades disciplinarias de las que hablaba Gilles Deleuze.

⁴ Calmann-Lévy, 2000.

Segundo modelo: la Iglesia.

“La enseñanza predicadora del siglo XIX requería una escucha religiosa por parte de los niños.”

Las características mayores del siglo XXI son, por el contrario, la apertura y la interactividad. Apertura: “Internet conecta a cada uno con la permanente eferescencia de las ideas y la complejidad de la vida real; los profesores ya no son las únicas fuentes de información”. El docente mentor debe, entonces, suceder al docente predicador.

Interactividad: “Ha llegado a su fin el sermón unidireccional”, observa Alberganti. De hecho, ya nada es unidireccional, ni siquiera –y menos aún– lo escrito.

Un interesante capítulo de la obra *À l'école des robots* lleva el título, de manera prospectiva: “25 de noviembre de 2010, *Proyecto Rimbaud*”. El autor da un plazo de diez años para que la técnica y la renovación de las generaciones permitan terminar de una vez por todas con el siglo XIX (que, según él, ha penetrado en el siglo XX hasta engullirlo por completo).

El *Proyecto Rimbaud* es un trabajo colectivo y multinacional. Tres establecimientos participan en él: los colegios de Courbevoie y de Charleville, y el Centro Cultural Francés en Yemen. El proyecto debe conducir a la creación en común de un DVD sobre la obra del poeta y su temeraria vida.

Un agente pedagógico virtual, bautizado *Verlaine*, coordina las contribuciones de los alumnos y las intervenciones de los tres profesores: docentes digitales liberan a los docentes humanos de sus tareas más

repetitivas. *Verlaine* y los tres educadores de carne y hueso trabajan, me atrevo a decir, tomados de la mano...

Las tareas están repartidas: en Charleville y en Courbevoie, se llevan a cabo investigaciones sobre el recorrido del poeta en Francia (evocación del París de 1870 con una cámara de video digital) hasta Aden; se interesan, por supuesto, en la saga africana del poeta.

Las tres clases trabajan además en *Le Dormeur du Val*. "Este soneto denunciaba la crueldad de los combates de manera sorprendentemente moderna", escribe Michel Alberganti. "Más allá del análisis de la construcción del poema, los alumnos, que tienen la edad del poeta, intentaron escribir nuevas versiones a partir de *sus propios sentimientos* sobre la muerte violenta de adolescentes."⁵

¿Con todos estos maravillosos instrumentos, con todas estas técnicas futuristas, nuestros alumnos llegarán a ser mejores lectores de Rimbaud, atentos a lo que tiene de único y, quizá, de inactual para decirnos? No, por supuesto, pues para ello deberían inmovilizarse, desconectarse, apartarse de sus costumbres y de sus sumisiones, no ponerse en red.

Un poema es un poema, y sólo es posible descubrirlo, volver a él, aprenderlo, explicarlo, sobre una

⁵ *Ibid.*, p. 96.

hoja impresa. Las palabras del poema necesitan un domicilio fijo, un lugar donde se las deje tranquilas. Ese lugar es el libro.

La pantalla cumple una función completamente distinta.

El alumno internauta ya no es un lector, sino un cronista del pasado, un colector de información, un periodista en la Historia. Y también es un creador, un joven estimulado por otro joven –Arthur– para poner en palabras su rebelión contra la sociedad, contra la policía, contra el racismo.

No hace falta Internet para leer. Internet sirve, en cambio, para ahogar al libro. Internet es necesaria para poner las palabras en movimiento, para hacerlas volar, ¡para acabar con el *scripta manent!* Es necesaria Internet para pasar del autor y de la consideración que le debemos a la *comunicación* exuberante y al *derecho de ser autor*, que ahora se le reconoce a todo el mundo. Es necesaria Internet para disolver toda sacralidad, toda alteridad, toda trascendencia en la información y en la interacción. Es necesaria Internet para pasar de la obra a lo que, en los años setenta, se llamaba, con mayúscula rebelde, "el Texto".

"La obra –escribía Barthes en 1971– está comprometida en un proceso de filiación: el autor es reputado como Padre y propietario de su obra; la ciencia literaria enseña, pues, a respetar el manuscrito y las intenciones declaradas del autor; la sociedad postula una legalidad de la relación del autor con su obra. Es el derecho de autor, reciente, a decir verdad, puesto

que no ha sido realmente legalizado hasta la Revolución. El texto, prosigue Barthes, se lee sin la inscripción del Padre. La metáfora del Texto se despega aquí, una vez más, de la metáfora de la obra. La metáfora de la obra remite a la imagen de un *organismo*; la metáfora del texto es la de la *red*; si el texto se extiende, es por efecto de una combinatoria; no se le debe ningún respeto vital. Puede ser *roto* [...] El texto puede leerse sin la garantía de su Padre: la restitución del intertexto elimina, paradójicamente, la herencia.”⁶

Se trata, pues, de dos mundos radicalmente opuestos: la obra y el Texto.

En el mundo de la obra, el lector tiene que rendir cuentas; en el mundo del Texto, el lector juega. En el mundo de la obra, el autor es dador de sentido; el Texto es el espacio en el cual ningún lenguaje tiene dominio sobre otro. La obra pertenece a la tierra, el Texto al océano. La obra es consistente, el Texto es dúctil. La obra se distingue, se desprende, se demarca de todo lo que ella no es; el Texto no tiene límite asignable. Hay un Otro de la obra; todo es texto y ningún texto puede cerrarse sobre sí mismo. La obra obliga; el Texto está a disposición. La obra mantiene a los hombres bajo el régimen de la deuda. Al destituir la verdad en provecho de la pluralidad de códigos, de entradas, de recorridos, de redes, de combinatorias,

⁶ Roland Barthes, *Oeuvres complètes II*, París, Le Seuil, 1994, p. 1215.

el Texto se convierte en la Obra abierta y ofrecida a hombres flotantes, desafiados.

“Es aterrador pensar –escribe Péguy, hombre de la deuda– que tenemos plena libertad, que tenemos el derecho exorbitante, que tenemos el derecho de hacer una mala lectura de la obra. ¡Qué riesgo aterrador, qué aventura aterradora y, sobre todo, qué aterradora responsabilidad!”

Contra ese derecho exorbitante, Occidente había hecho de la lectura un acto sagrado. Ahora bien, como escribió George Steiner, “un encuentro civil, casi contrario, entre una persona privada y uno de esos ‘huéspedes de calidad’, cuya entrada en las moradas mortales evoca Hölderlin en su himno *Como en un día de fiesta*”⁷. En el fondo, se trataba de responder a la preocupación expresada por Platón en el *Fedro*, y de mostrar que una obra escrita podía ser respetada, comprendida, leída, defendida contra la injuria, la desenvoltura o la destrucción, *incluso en ausencia de su Padre*.

Orgullosamente *parricida*, la teoría de los años setenta da la razón a Platón y a sus sombríos pronósticos sobre el destino de la escritura. Que su Padre ya no esté allí para asistir al discurso escrito y sacarlo de apuros está muy bien, dice ahora la teoría; que a propósito de él se alcen voces discordantes es perfecto;

⁷ Georges Steiner, *Passions impunies*, París, Gallimard, 1997, p. 12.

la pluralidad de lecturas constituye la verdad de la escritura, ésta realiza su vocación yendo de derecha a izquierda...

Este parricidio teórico tuvo su prolongamiento técnico con la informatización del mundo. El intertexto se convirtió en Internet; y los ciudadanos del ciberespacio celebran como *una victoria de la igualdad* la liquefacción del autor: "El autor no desaparece, por supuesto —escribe Mona Chollet, periodista de *Charlie-Hebdo*—, pero abandona el pedestal sobre el cual el predominio de los soportes estadísticos (libros, discos) había permitido que se lo situara. Su discurso puede ser modificado en permanencia, completado, incluso, si no se trata de ficción, cuestionado, refutado [...] La recombinación permanente pone en evidencia la relatividad y la precariedad de todo saber. En Internet, el autor se acerca al hombre común, y el hombre común se acerca al autor"⁸.

El hombre, en su teclado, ha saldado sus *deudas*: sólo conoce sus *derechos*. Amigable copartícipe del sentido, y ya no pasivo destinatario, es el hombre que vale por todos los hombres y por cualquier hombre; libre, es decir, soberano, tiene al mundo en la palma de su mano. Con el uso "ciudadano" de Internet, los principios de la democracia triunfan sobre toda jerarquía y sobre toda autoridad: maravillosa perspectiva, que justifica además la negativa a

⁸ Mona Chollet, "Marchands et Citoyens", enero de 2001.

abandonar la gran red en manos de Big Brother o de los mercaderes del templo.

Pero esta fluidez tiene su contrapartida.

Hay algo mezquino y detestable en la utopía de este *Waterworld* digital. Lo que se pierde con el poder de interacción y de intervención ganado sobre el autor es la posibilidad de escapar a sí mismo *confiando* en alguien.

Marthe Robert cita en *La Tyrannie de l'imprimé*⁹ esta frase de un rabino del Talmud: "Lo más importante es transformar nuestro espejo en una ventana sobre la vida". Por nuestra parte, hemos transformado nuestras ventanas en pantallas; y a esas pantallas, nuestro derecho a la manipulación ilimitada las está convirtiendo inexorablemente en espejos.

Es cierto que, como señalaba hace un tiempo Deleuze, carecemos de resistencia al presente. Pero, por resistencia, entendía —y con él el conjunto del pensamiento crítico— la resistencia *democrática* al poder, al control, a las diversas formas de dominio. No imaginaba que debíamos resistir al *todo democrático* de la técnica desenfrenada. Menos perspicaz o menos sensible que Fellini, no imaginaba la coyuntura de una *libertad fatal*.

Sin embargo, estamos en ella, y "los libres hijos del saber digital" no dudan, cuando atacan al dere-

⁹ Marthe Robert, Grasset, 1984.

cho moral del autor o a la lectura, en el sentido de Péguy, en reivindicarse como grandes contestatarios.

En otros términos, si resistimos tan mal o tan poco, si ni siquiera sabemos defender la dignidad de lo que ha perdido la partida, no es culpa –¡Dios lo sabe!– de las teorías contestatarias; se debe a que, escandalizado por la autoridad, obnubilado por el yugo que aún domina a nuestras impacientes subjetividades, obsesionado por la dictadura de los medios, del Estado, de los EE.UU. o del mercado, el pensamiento crítico no tiene ojos para los individuos extraviados ni para los reyezuelos ciudadanos que la técnica produce.

DEBATE CON ALAIN FINKIELKRAUT

Algunos celebran la emergencia de una nueva "literatura" que permite que cualquiera aspire a ser autor. ¿No quedan todavía por explorar maravillosos territorios para la creación?

Las nuevas tecnologías ponen en tela de juicio el derecho de autor, ¡pero ese mismo autor ya ha sido destituido por la teoría! La rebeldía de ayer es la técnica de hoy.

Véase la conferencia inaugural de Michel Foucault en el Collège de France: "El orden del discurso". Su punto de partida es bastante extraño. Foucault se pregunta por los procedimientos de rarefacción de la palabra. Puntea la separación de lo verdadero y de lo falso, de lo permitido y de lo prohibido, así como la constitución de ciertas sociedades de discurso, o también la invención del autor. En el texto de Foucault, puede leerse indirectamente la utopía de una suerte de profusión, de abundancia de los enunciados, una vez liberados de todas las instancias de control que pesan sobre ellos.

Pasar, en materia de discurso, de la escasez a la sobreabundancia... La escuela, hasta no hace mucho, hacía lo contrario.

La escuela, desde Platón, es la confrontación de aquello que no merece ser dicho con discursos admirables, es la intimidación del palabrerío. La escuela es, o mejor dicho, era el aprendizaje de la inhibición previa a toda palabra digna de ser expresada. *La escuela o la conquista de la escasez.*

En la actualidad, se considera que la escasez es algo a lo cual hay que ponerle fin. La Red promete y promueve un discurso totalmente uniforme, una exuberancia sin jerarquía. Y la Red, en la escuela, debe poner fin a la vigilancia discursiva ejercida sobre los niños. Por lo tanto, todo el mundo debe expresarse lo más pronto posible, incluso todo el tiempo, y las máquinas tienen el poder de liberar tal expresión.

Esta inversión resulta muy interesante, así como la manera en que ha sido preparada por el pensamiento crítico. La Utopía foucaultiana se realiza, y como dice Paul Claudel, "cada vez que el hombre intenta imaginar un paraíso en la tierra, de inmediato se genera un infierno muy conveniente".

Internet puede ser lo peor y lo mejor. ¿Por qué ver una fatalidad en esa libertad? ¿Acaso no hay varios posibles?

Es bastante fácil, al menos teóricamente, resistir a la perspectiva de un mundo orweliano.

Pero Internet es también un espacio anti-autoritario, libertario. Los internautas se oponen a toda regu-

lación, de ahí las dificultades con *Yahoo* y con los sitios antisemitas y nazis.

Cuando la película de Virginie Despentes recibió la clasificación "X", llegaron a su sitio varios millones de mensajes de personas que querían manifestar su indignación ante semejante prohibición.

Internet es el peligro que corre la libertad cuando se pueden conservar las huellas de todo, pero también constituye el peligro que se hace correr a los demás y a uno mismo cuando se goza de una libertad sin límites.

Sugerí la noción de *libertad fatal*, porque nadie desea resistirse a la libertad. En todo esto, hay algo deseado por nosotros. Todos pasamos por la experiencia del control-remoto y de los peligros de esa facilidad: pienso que hacer *zapping* y cliquear es lo mismo.

En cuanto al asunto Yahoo, nadie se ha interrogado sobre la realidad del peligro. De hecho, es difícil imaginar que alguien vaya a hacerse neonazi por haber encontrado Zyklon B gracias a Internet, ¿no?

Tiene razón. Aquello que corre el riesgo de difundirse es más bien un espíritu ultra libertario, que incluso podría plantear graves problemas políticos.

Creo que también existen otros riesgos. Cité a Fellini porque me parece que su descripción del indivi-

duo con el control remoto puede aplicarse, *mutatis mutandis*, al internauta.

¡Nos presentan Internet como un magnífico instrumento de información y de comunicación, pero ¿para qué tanta información?, ¿para qué tanta comunicación?

¿Y el espacio para lo demás, para todo lo que no concierne a la información ni a la comunicación? ¿Qué lugar se le asigna a la contemplación? ¿Qué lugar a la admiración? ¿Qué lugar a la rumia? ¿Qué lugar a la soledad?

Eso es todo lo que he intentado destacar; pero, una vez más, en tanto modernos estamos mejor equipados para combatir el abuso de poder que para percibir y reprobamos una libertad que se ha vuelto fatal.

Usted habló de la escuela. Sin embargo, nos auguran nuevas transformaciones profundas, especialmente en el ámbito político. No hay semana en la que leamos artículos entusiastas sobre la ciberdemocracia...

Lo que nos espera quizá sea la disolución, la pulverización del mundo común, el pasaje del *broadcast* al *pointcast*.

¿Qué significará la introducción del voto *on line* para paliar la abstención? La confusión de las fronteras; el olvido de la diferencia entre lo privado y lo público, el ser y el parecer, el consumidor y el ciu-

dadano; el golpe de gracia dado a las formas y a las mediaciones.

¿Y por qué esa urgencia de los poderes públicos –apoyados por los padres de los alumnos y por las empresas– por conectar a todas las escuelas de Francia? ¿Por qué ese asentimiento, ese entusiasmo, esa neomanía furiosa? Hay un aspecto compasivo: nadie debe quedarse en el borde del camino, no debe haber infopobres. ¿Qué quiere decir esto? ¡Las personas que no miran televisión no son telepobres! Son ricos, de hecho. Este argumento está destinado a hacer callar a los últimos oponentes.

Pese a todo, ¿no podría haber en la escuela una utilización inteligente de Internet?

Creo que es posible demostrar que con el empleo de Internet en la escuela se trata de abolir lo que quedaba de trascendencia, es decir, de *escuela* en la escuela. Incluso los “fanáticos” o los usuarios de Internet deberían rechazar la puesta *on line* de la enseñanza. Pero ningún movimiento político se hará cargo de esta oposición. Jean Pierre Chevènement dijo que aprovecharía sus momentos de ocio para iniciarse en Internet. Si un importante responsable republicano se conecta tan ostensiblemente, significa que es acertado precipitar a las nuevas generaciones en el gran baño digital del siglo XXI. En el pasado, el pensamiento

técnico desencantaba al mundo. Hoy en día, vivimos en el encantamiento de la técnica. Si en la escuela también se vuelve necesario, a cualquier precio, sustituir la escasez de los discursos por una vasta y alegre miscelánea, entonces Internet es el método adecuado, pero hemos de pagar las consecuencias.

¿En estas condiciones, qué deben hacer los padres y los maestros? ¿Decirles a los niños: "hay un nuevo mundo, pero ese mundo nos está vedado"?

Hay otro fenómeno sobre el cual habría que interrogarse. ¿De dónde proviene el apetito de los niños por la red? ¿Por qué van con más naturalidad hacia la pantalla y el *mouse* que hacia los libros? Eso debería preocuparnos, y sin embargo nos excita.

Nuestra sociedad es la del *mimetismo al revés*. Los griegos decían que el pudor era un sentimiento muy importante en la educación. Por "pudor" entendían la preocupación por la opinión de los demás, es decir, la preocupación por la opinión de los mayores, de los maestros. Dotados de ese pudor, los niños estaban abiertos y disponibles. Podían ser instruidos.

Aquel pudor ha desaparecido completamente, ha sido reemplazado por otro: la preocupación por la opinión de los niños, incluso en la escuela. Eso es el *mimetismo al revés*. El hecho de que los niños tengan semejante apetito por estas técnicas y semejante di-

ficultad para ir hacia los libros debería llevarnos a defender los libros y a comprender que la pantalla lúdica es algo muy diferente de un instrumento para leer mejor. Por el contrario, se nos invita a sumarnos de inmediato a la escuela tecnófila de nuestros hijos.

Usted parece creer que la técnica como tal crea una cultura, incluso una nueva trascendencia, y esto, más allá de nuestra voluntad. También es posible pensar que el hombre domestica esta nueva tecnología, como siempre lo ha hecho con las tecnologías, en lugar de dejarse transformar pasivamente por ella, como usted teme.

Sin entrar en el debate sobre el huevo o la gallina, constato que nuestra sociedad se ha beneficiado con varias revoluciones técnicas e industriales. Ninguna de esas revoluciones ha modificado la estructura de la clase ni mucho menos la relación de enseñanza.

A De Gaulle no le gustaba el teléfono, a otros sí, pero no se ha introducido el teléfono en la escuela. No debemos olvidar que el espacio mediático es seductor y que está hecho para el entretenimiento, pero también se puede creer que es el único espacio público que tenemos y, debido a esa ambivalencia, aceptar expresarse en la televisión. Pero no por ello se ha juzgado adecuado introducir la pantalla chica en los establecimientos escolares. Con la computadora, todo cambia: la escuela debe abrirse imperativamente a

estas nuevas tecnologías, cuyo manejo es –según nos explican, en particular cuando somos reticentes a ellas– extremadamente simple.

Pero, entonces, ¿qué quieren los partidarios de Internet en la escuela? ¿Embrutecer a nuestros niños?

Se trata de algo diferente del manejo de nuevas tecnologías, se trata de acabar con un mundo caracterizado por el recogimiento y la verticalidad para entrar en un mundo caracterizado por la apertura y la horizontalidad: los internautas están en condiciones de igualdad para crear y para comunicar. La vocación de los niños que trabajan en el proyecto *Rimbaud* no es escuchar la poesía de Rimbaud ni meditar sobre ella. No se trata de enseñarles a vivir con las obras, se trata de enseñarles a crear un DVD, es decir, a ser autores, en una sociedad de información, recolectando informaciones sobre Rimbaud, y a ser autores, en el sentido poético del término, escribiendo un texto –supongo que en versos libres o en prosa– sobre la muerte violenta de un adolescente en la actualidad. Todo esto muestra claramente qué representa Internet. Se trata de una mutación radical. ¿Estamos o no preparados para esta mutación? ¿La consideramos necesaria, o creemos que es importante enseñarles a quienes serán adultos en el siglo XXI a vivir con las obras? ¿Aceptamos sacrificar la meditación a la agitación, y la pasión de comprender a la pasión de comunicar?

Pero, al mismo tiempo, ¿podemos contentarnos con recluirnos en el rechazo? ¿Podemos, lisa y llanamente, evacuar de la escuela estos nuevos instrumentos?

En el espacio reservado a la transmisión, deberíamos ser capaces de refrenar el ardor informático, tal como fuimos capaces de decir “no” a la televisión.

Pero, hoy en día, también se dice “sí” a la televisión con un pretexto crítico, ya no con un pretexto igualitario: debemos aprender a decodificar las imágenes o a ponerlas en perspectiva.

La ofensiva tecnológica se basa en la idea según la cual la cerrazón de la escuela da cuenta de un arcaísmo disciplinario y revela la persistencia escandalosa del modelo carcelario o sacerdotal en nuestras sociedades.

¿Despreciamos al *maestro* al punto de ver en él, en el mejor de los casos, al detentador de una palabra revelada que se sustrae a toda argumentación y, en el peor, a un guardiacárcel? ¿Aceptamos la idea de que el maestro ya no sea más que un mentor? ¿La república de los monitores debe suceder a la de los profesores?

La vocación por Internet en la escuela llega a través de la idea de hipertexto, es decir, la voluntad de acabar con el texto unidireccional. Constituye, nos dicen, la última etapa del proceso de secularización iniciado al término de la Edad Media. Del libro a los libros, de los libros a la inteligencia colectiva y al

“planeta de los espíritus”: tal es, según los entusiastas de las nuevas máquinas, el itinerario triunfante de la laicidad.

Existía la autoridad del cura, existía la autoridad del maestro, existía la autoridad del autor: todos estos *superyoes* quedaron sepultados en la gran miscelánea del digital.

¿Queremos o no esta desacralización? ¿No deberíamos pensar más bien que sería una *desacralización de más*?

¿No hay una especificidad de las tecnologías de la información? A diferencia de otras innovaciones, éstas no producen, por así decir, “efectos secundarios” nocivos sobre el individuo o sobre la colectividad.

Michel Serres, por ejemplo, celebra con los multimedia el feliz derrocamiento de Prometeo por Hermes. Pasaríamos de la Metalurgia a las mensajerías, y del mundo de la transformación de las cosas al de la información generalizada. Y, añade Michel Serres, Hermes no es tóxico, no daña la Tierra.

Pero este angelismo no es muy sólido. Tomemos el ejemplo de las biotecnologías: he aquí que los fenómenos naturales son interpretados en términos de *información* y que llegamos a ser capaces de identificar y de recombinar el alfabeto genético a nuestra disposición. Una nueva matriz operatoria se instaura. En la era de la información, la esfera de lo no manipulable

no cesa de reducirse. De ahí la pregunta: *¿hasta dónde?* La idea de progreso nos abandona. El ideal de *perfectibilidad*, es decir, de *superación* continua, es sustituido por la creciente necesidad de fijar *límites*. Y los multimedia no nos facilitarán la tarea. Internet favorece la constitución y el pleno desarrollo de un individuo *instantáneo*, que sólo concibe la realidad como maleabilidad. ¿Será particularmente difícil hacer que este niño mimado se convierta al pensamiento de los límites o al sentido de la medida. La excepción exigida para Internet como tecnología no “contaminante” no tiene, pues, razón de ser. Por lo demás, ¿qué se hace en la Red sino comprar por encargo? Y aquello que se ha encargado: ¿acaso no hay que producirlo y enviarlo? *Hermes* no es el sucesor de *Prometeo* sino su transformación.

**EL CERO-UNO Y EL INFINITO:
¿UN HUMANISMO SIN HOMBRE?**

PAUL SORIANO

Sueño de felicidad planetario o terror frente al Apocalipsis: todas las revoluciones técnicas producen su cuota de utopías, optimistas o pesimistas. Paradójicamente, quienes más me preocupan son los optimistas. ¿Quién de nosotros desearía realmente vivir en la *ciudad ideal* o en ese *mejor de los mundos* donde la imperfección de las leyes humanas cedería ante el rigor de las leyes naturales, donde el desorden del debate retrocedería frente al orden de los procesos técnicos?

Internet y el *ciberespacio* no escapan a la regla. En Francia, por ejemplo, Pierre Lévy nos ha proporcionado, con su *World Philosophie*, la más radical de las utopías optimistas, en la cual los humanos serían promovidos a la dignidad de neuronas del gran cerebro planetario y, por consiguiente, podrían ahorrarse un apéndice (las neuronas no tienen cerebro) cuyo aspecto es, a fin de cuentas, bastante poco atractivo. Además, en el *segundo mundo*, cada uno de nuestros órganos dispondría de una dirección de *e-mail* para manifestar su emancipación del cuerpo, estructura jerárquica de opresión por excelencia. En otro registro, en el de las biotécnicas, Francis Fukuyama anuncia,

no sólo un banal *fin de historia*, sino, con mayor audacia, el *fin de lo humano*. Frente a estos entusiasmos, hay que decir que los profetas de la desgracia vacilan entre el lamento (Paul Virilio) y la *política de lo peor*, como Baudrillard, que registra con cierta locuacidad la *desaparición de lo real*, o también Philippe Muray, que con talento se aflige por las payasadas de su *homo festivus* embrutecido. El último libro de Jeremy Rifkin¹ nos brinda una visión aún más terrorífica de la *Era del acceso* –y eso quizá sin que su autor lo sepa–.

Sin embargo, lo peor no es lo ineluctable: aún resta saber a qué se parece y cómo sobreviene. A eso nos dedicaremos aquí, de un modo un tanto sistemático. A ese mundo, a ese *anti-mundo* posible, lo llamaremos *mundo cero*: cero demora, cero stock, cero memoria, cero cultura, cero identidad, cero institución, cero política, cero real.

La convergencia

Antes que nada, aclaremos que la red no se reduce al ciberespacio. En la “sociedad en red”², convergen

¹ *L'Âge de l'accès. La révolution de la nouvelle économie*, Paris, La Découverte, 2000.

² “Société en réseau”, referencia a Manuel Castells, *L'Ère de l'information*. Tomo 1. *La Société en réseau (The Rise of the Network)*, Backwell Publishers, Oxford, 1996; Fayard, 1998. Tomo 2. *Le pouvoir de l'identité (The Power of Identity)*, Backwell Publishers, Oxford; Fayard, 1999. Tomo 3. *Fin de millénaire (End of Millennium)*, Backwell Publishers, Oxford, 1998; Fayard, 1999.

varias nociones: Internet, por supuesto (el paradigma), pero también la globalización (la economía mundial en red; la logística planetaria de los flujos, inmateriales o materiales), la “desregulación”, o más bien la crisis general de las regulaciones y de las instituciones, que la red pone nuevamente en tela de juicio. En verdad, el *mundo cero* sería producto de tres órdenes de fenómenos diferentes pero estrechamente relacionados: el orden técnico, el económico y el ideológico. Es la convergencia de estos órdenes y no, por supuesto, la red en sí misma lo que está en discusión aquí.

En el orden técnico, se trata, por un lado, de Internet, un dispositivo informático que permite, al menos en teoría, interconectar a todos los hombres del planeta, y que le permite a cada uno el acceso a toda la información digitalizada; y, por otro, de la ingeniería genética, que ahora interviene en el corazón mismo de los procesos vitales. Estas dos revoluciones técnicas están estrechamente relacionadas. La informática aporta a la ingeniería genética no sólo herramientas para el conocimiento y para la acción sino también modelos, o como mínimo, metáforas: el código genético se asimila cada vez más al código informático, y la ingeniería genética se emparenta, al menos superficialmente, con un “tratamiento de la información”:

“Con el pretexto de descifrar las secuencias de letras del gran libro del genoma, las técnicas de la ingeniería genética [...] ponen en práctica ciertos méto-

dos, entre los cuales algunos se emparentan con un tratamiento de la información, pero los aplican a lo que manipulan como un "material"—humano, a veces; vivo, en todos los casos— cuya unicidad está sometida a operaciones de fragmentación, recombinación, hibridación, clonación, etc."³

No obstante, la ingeniería genética se dispone a saldar su deuda, ya en términos de herramientas (los futuros procesadores ADN) y de modelos, ya en términos de intercambio de metáforas: de las computadoras "neuronales" a los "virus" informáticos.

En el orden económico, la esfera comercial concluye su conquista de la existencia humana. Aunque disguste a los discípulos de Max Weber y de Georges Bataille, el deseo ya no es el enemigo de la moral capitalista ascética sino más bien el motor de su creatividad y de su desarrollo. Gracias a las técnicas del *consumer relationship management* (gestión de la relación con el cliente), en adelante el mercado estará a la escucha de nuestro más mínimo deseo para proponerle, *one to one* y *just in time*, el producto o el servicio capaz de satisfacerlo. En esta perspectiva, el individuo —al igual que la empresa— tiende a externalizar sus propias funciones en la esfera comercial de los servicios: ya no se hace esto o aquello, se lo encarga a

³ Isabelle Rieusset-Lemarié, *La Société des clones à l'ère de la reproduction multimédia*, Avant-propos, Actes Sud, 1999.

una empresa o a un agente competente⁴. Muy pronto, un *agente de mediación* tendrá el papel de interfase entre cada uno de nosotros y el conjunto de nuestros prestatarios, a los cuales venderá las informaciones relativas a nuestro perfil de consumo y a su evolución (rápida) en el tiempo, para poder realizar nuestro *lifetime value* (valor del potencial de consumo de un individuo). En rigor, el individuo ya no es sino el sujeto deseante tan caro a ciertos filósofos de la deconstrucción, cuya capacidad para acompañar las mutaciones de la economía sólo puede ser admirada. Tras investir así el universo material y, luego, el simbólico, el *marketing* emprende la tarea de explorar las "extraordinarias oportunidades" del mercado de la vida. Y esa economía del deseo se despliega inexorablemente en el universo de las redes: redes informáticas de comunicación y redes logísticas de reparto, en una *lógica del acceso*.

En cuanto a la ideología (¿posmoderna?), bajo el destello de estas ideas-modas, se adecua perfectamente, en el fondo, a las motivaciones de los demiurgos del *marketing* y de la investigación-desarrollo —a menos que las inspire—. Pues, precisamente cuando las técnicas permiten liberarse de las fronteras y cuan-

⁴ No obstante, la humanidad no se dividirá necesariamente entre vendedores y consumidores: con los sitios de subastas *on line*, seis mil millones de humanos podrían, a mediano plazo, convertirse en seis mil millones de negociantes.

do el capital decreta la movilización general de los deseos solventes, los más conectados de nosotros comienzan a apasionarse por la transgresión, el nomadismo y la indiferenciación; a sentir una misma fobia por las fronteras que separan los países, los sexos, las producciones del espíritu o las especies vivas; y a cobrar una misma aversión por el *homo sapiens*, jese ser mediocre y suficiente cuyo genoma, no obstante, es apenas dos veces más rico que el de la mosca drosófila!

Por consiguiente, es razonable temer (o esperar) que el hombre de la sociedad en red difiera muy visiblemente del *homo sapiens*.

En otros términos, la "revolución" en curso no es sólo tecnológica, económica, política o cultural: tiene, sin duda alguna, un alcance antropológico. Pues, aun con genoma constante, la vida en red afecta nuestra experiencia íntima de los fundamentos de la existencia humana, a saber, el tiempo, el espacio, la memoria, la identidad, las instituciones, la vida y lo que todos convienen en llamar "lo real". La red diluye los poderes al tiempo que engendra una nueva forma de poder, el poder de la red, precisamente. ¿Cómo, entonces, no habría de afectar también a ese ente llamado "hombre", que es por naturaleza un ser cultural, en particular cuando la cultura se provee a sí misma los medios para transformar a la naturaleza?

Un carnaval sin duración

El mundo en red trastoca nuestra experiencia del tiempo. En una red donde cada individuo está virtualmente⁵ conectado con todos los demás, cada uno puede, a cada instante y en cualquier lugar, ser ubicado instantáneamente por cualquiera. Es el reino del "tiempo real" o del *just in time*, que borra las *demoras* y los *tiempos muertos*, en cualquier circunstancia. Gracias a las prótesis técnicas cada vez más integradas a nuestro entorno —y el día de mañana quizá a nuestro propio cuerpo— acabamos por estar *siempre disponibles, siempre accesibles* para los agentes o los acontecimientos que surgen en la red a cada instante. "Muy pronto dejarán de existir los tiempos muertos en los viajes en auto", nos previene *Le Figaro*⁶.

El nuevo tiempo de la red, ese eterno presente que es una presencia permanente, tiende a imponerse en todos los órdenes de la existencia, individual y colectiva. En la economía, con la logística de la entrega *instantánea o just in time*, o también con la abolición de toda distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio. En la política, con la captación y el tratamiento en *tiempo real* de la opinión. En la educación, con el *just in*

⁵ Planteamos aquí la hipótesis de que los seis mil millones de humanos están todos interconectados mediante conexiones permanentes de alta velocidad.

⁶ *Le Figaro*, 11-12 de noviembre de 2000.

*time open learning*⁷. Y aun en la cultura, con la generalización del hipertexto o del hipermedio, que interrumpe cualquier forma de lectura lineal *duradera*, siendo el *link* cliqueable equivalente, en la vida intelectual, a un *acontecimiento* en la vida activa. La existencia misma se ve afectada cuando la periodización de dicha existencia (un tiempo para formarse, un tiempo para trabajar, un tiempo para distraerse, etc.) deja de tener curso. "Si te duermes, estás muerto", nos previene la publicidad para el nuevo concepto desarrollado por el Club Med (código: Club Med Bazic). Contrariamente a lo que sugiere la etimología de la palabra "vacaciones", el empleo del tiempo de los neo-miembros se encuentra considerablemente cargado. La música comienza a las diez (de la mañana). El desayuno se sirve hasta las dos y media de la tarde. A las dieciséis, una *techno afternoon* preludia una *fiesta* que dura toda la noche: salchicha picante sobre la playa hacia las cinco de la mañana, "a la hora en que —como dice el poeta— nos confundimos al decir 'hoy' ". Y eso, sin mencionar las actividades deportivas con que se amenaza a los sobrevivientes: *Hipflot*, *Ouga-bouga*, media-piragua, medio-drakkar, suerte de embarcación mestiza, y *Winplot*, juego sin identidad muy definida, que tiene algo del *base-ball* y

⁷ Enseñanza abierta, a distancia y *just in time*, en la cual se adquieren conocimientos, *on line*, en el momento preciso en que se los necesita.

del juego de la mancha. Por supuesto, hay un sitio de Internet que permite a los miembros de este panal ocioso *seguir en contacto*, el resto del tiempo. Sólo se hacen dos concesiones a la antigua cronología: el producto apunta específicamente a los *jóvenes de dieciocho a treinta años*, y los precios varían según las *temporadas*. Entonces, ¿todavía hay temporadas en el país de las vacaciones de *rave*?

Y de este modo se va bosquejando un *mundo sin duración*, en el que serían progresivamente marginadas aquellas actividades cuya esencia misma requiere duración, aquellas que sólo pueden ejercerse al resguardo de los acontecimientos, en modo *desconectado*: leer, escribir, hablar (lo que se llama "hablar"), estudiar, pensar, rezar, deliberar, legislar, gobernar...

Pues, aunque su modo de funcionamiento sea la interrupción frenética, la red diluye, hasta aniquilarlas, las largas interrupciones de la vida cotidiana, los "grandes momentos" que estructuran la vida de los hombres arcaicos. Al respecto, el caso de la fiesta es ejemplar, pues en ella convergen un fenómeno de organización (o más bien de desorganización que afecta la duración, íntima y social), una motivación comercial (la fiesta como ocasión para consumir) y una justificación ideológica o "cultural", bajo el imperio de la festivocracia (Philippe Muray) o de la carnavalización de la existencia (Umberto Eco).

En el mundo real, la fiesta auténtica es una interrupción operada en lo social organizado, sin duda

para volverlo soportable. Por lo demás, las fiestas están generalmente programadas (ritman el calendario) y a veces toman la forma de una verdadera "revolución institucional". Durante la inversión carnavalesca, la transgresión bajo todas sus formas es tolerada, incluso alentada por las "autoridades" para que, a su término, aun los más empedernidos pidan piedad y reclamen, agotados, el retorno al orden. De la fiesta en su relación con el tiempo, se puede decir lo que Hakim Bey afirma del levantamiento:

"La Historia dice que la revolución logra una permanencia, o al menos una duración, en tanto que el levantamiento es temporal. En ese sentido, el levantamiento constituye una especie de experiencia máxima, en oposición al estándar de la conciencia o de la experiencia ordinaria. Los levantamientos, como los festivales, no pueden ser cotidianos —de otro modo, no serían no ordinarios—." ⁸

Pero, en el mundo "fluido", ya no quedan muchas cosas estables y durables que puedan ser interrumpidas. Al igual que el aprendizaje o el debate, la fiesta, como el juego o el espectáculo, se infiltra en todas partes, sin hallar resistencias. La fiesta posmoderna es a la fiesta antigua lo que el hipertexto al texto: pues hay mil ocasiones para estar de fiesta, para cliquer sobre la fiesta, para inyectar masiva-

⁸ Hakim Bey, *Zones d'autonomie temporaires*.

mente la fiesta en lo social hasta que lo social mismo no sea más que fiesta, y que el día posterior a las fiestas también sea celebrado.

En primer lugar, tenemos el gran festín del consumo permanente, que no se contenta con investir las antiguas fiestas (Navidad) o las más recientes (el Día de la Madre), sino que además desarrolla nuevas celebraciones, como *Halloween* en Francia, "puro concepto de *marketing*", según la propia confesión de su iniciador. Con la multiplicación de las identidades de síntesis, los *X prides* podrán sustituir la pálida celebración cotidiana de los santos del calendario. Pero la fiesta se inmiscuye igualmente, de manera desinteresada, en todas las circunstancias de la vida de la ciudad, incluyendo la vida política y los movimientos sociales. Las manifestaciones se inspiran directamente en el carnaval, cuyo ostentoso aparato adoptan. Incluso los militantes anti-globalización, pese a ser supuestos refractarios, ceden a lo festivo: de esta manera, en el mes de febrero de 2001, organizaron en Montpellier un "carnaval anti-globalización para ridiculizar a los poderosos" (el carnaval siempre ha ridiculizado a los poderosos, los cuales se adaptan perfectamente a eso, pues muy a menudo son sus esponsores). Ese día se vio desfilar por las calles de la ciudad gallinas genéticamente modificadas y vacas (¿locas?) en medias de red. ¿No deberíamos temer que esta clase de espectáculo acabe por acostumbrarnos a la frecuentación de lamentables y desopilantes OGM festivos?

¿Un espacio “glocal” ininterrumpido, sin territorios ni fronteras?

La red no elimina el espacio, pero produce una fuerte polarización en los dos extremos: lo local y lo global. Sin embargo, decir que el mundo se vuelve “glocal” sólo significa que “el mundo está en red”. Lo global, en efecto, es la red, el planeta unificado por las redes de comunicación, o incluso el ciberespacio. Lo local son los nodos de la red que concentran dos funciones: nodos de valor agregado a los trayectos de los flujos económicos y el espacio vital que habitamos, por pequeño que sea.

Desde el punto de vista de la comunicación, el espacio, como el tiempo, es un obstáculo. Con más razón lo será el territorio, que es una sabia combinación de espacio y de tiempo (lo que se llama la Historia). El asunto es, entonces, borrar las distancias y las fronteras. En su caza a los intermediarios, el *homo reticulatus* no podría ignorar las estructuras intermediarias que constituyen los Estados-nación y otros conjuntos geopolíticos. En términos marxistas, diríamos que los Estados-nación ya no son estadios pertinentes para la organización del capital. A partir del momento en que se vuelve posible reconfigurar las redes logísticas en función de los acontecimientos, sociales u otros, la localización de las actividades económicas ya no es estructural ni estratégica, sino coyuntural. Esto contribuye a la desvalorización de los territorios geopolíticos, que en adelante entrarán en competencia y serán conmina-

dos a demostrar claramente su competitividad para acoger los preciosos nodos de valor agregado, bajo pena de *deslocalización* inmediata. Por lo demás, turismo mediante, el mundo podría transformarse en un vasto conjunto planetario de parques de diversiones.

La desvalorización territorial se expresa, asimismo, en una aversión a la frontera que se opone a la fluidez de la economía y de las actividades en general: fronteras geopolíticas que delimitan espacios jurídicos donde se aplican leyes particulares, fronteras culturales y, en especial, fronteras lingüísticas. La empresa misma —en red, disgregada, diluida, *ad hoc*— ya no tiene fronteras externas que la separen de sus clientes, de sus proveedores o de sus “socios”; ni fronteras internas trazadas por un organigrama.

Por otra parte, el desarrollo de la ingeniería genética está a punto de abolir una frontera más: aquella que hasta el día de hoy separaba a las especies, y particularmente a la especie humana de las (demás) especies animales, conforme a una perspectiva “judeo-cristiana” en la que el hombre, en tanto criatura, es considerado radicalmente otro con relación a Dios, por cierto, pero también radicalmente otro con relación a la naturaleza. ¿Cómo justificar semejante discriminación en un momento en que se descubre que compartimos el 98% de nuestros genes con los grandes monos, y que Dios ya no tiene el monopolio de la producción-distribución del ADN?

Por último, el rechazo a toda delimitación territorial, a toda separación, también se ha puesto en

práctica en los territorios institucionales o simbólicos, ya sean disciplinas intelectuales, ya sea un arte digital sin obra, sin artista, sin público y sin crítica:

“Este arte en su conjunto es la negación del creador: el autor abandona su obra al público. Ya no se distingue al profesional del aficionado. La interacción hombre/máquina generada por la Red construye a todos y a cada uno como creador y consumidor de nuevas tecnologías, participante y espectador, artista y crítico de su obra. Podría hablarse de “resocialización”, pues este modo de comunicación artística presupone una alternativa al modelo pre-existente del arte. Quiero decir con esto: una comunicación centrada en lo pragmático y en la desmaterialización del territorio del artista.”⁹

Lo que aquí sucede con el arte se parece a lo que sucede con la fiesta, en la medida en que también la obra de arte constituye un medio para interrumpir la banalidad cotidiana. La obra plástica, por ejemplo, interrumpe la percepción trivial del mundo al detener la mirada sobre una “imagen” instalada en la duración, lo cual, paradójicamente, tiene el efecto de sustraerla a los estragos del tiempo. Incluso las “intervenciones”, tan apreciadas por los creadores contemporáneos, todavía apuntan a quebrar el curso de la existencia banal mediante la irrupción de una iniciativa “artística”. Y por eso, el arte, aun sin motivación política particular,

⁹ Roxane Bernier, departamento de sociología de la Universidad de Montreal.

es “subversivo”: subversión de la mirada o subversión del comportamiento. Pero en el espacio “fluido” de la red, el arte –la obra, el artista, el sitio de exposición, el público y la crítica– debe disolverse también, y lo logrará tanto más fácilmente cuanto que los artistas ponen todo su celo en ello. En cuanto a la interactividad que invita a cada uno a aportar su tecla (su *clic*), ésta no hace sino agravar el diagnóstico de Julien Gracq: tantas manos para transformar el mundo y tan pocas miradas para contemplarlo.

La horizontalidad y la inmediatez de la red comprometen dos atributos esenciales de la experiencia artística: la distancia (respecto de la banalidad) y la mediación, que produce y colma a un mismo tiempo esa distancia. Por el contrario, las primeras conducen al arte a una convergencia con todas las demás actividades simbólicas. En un artículo de *Le Monde*¹⁰ dedicado a las relaciones ambiguas que en la actualidad mantienen el arte, la moda y el mercado, el autor observa que “los clichés de las revistas y las obras de arte convergen, a riesgo de confundir el estatuto de la imagen”. No podría hablarse mejor.

If I am not me, den who da hell am I?

En su *Fedro*, Platón ya se preocupaba, por boca del dios-rey Thamus (Ammón), por las consecuencias de

¹⁰ *Le Monde*, 11-12 de febrero de 2001.

una externalización de la memoria humana a través de la escritura y de sus soportes archivables. Pues, dice Thamus, “[la escritura] dará origen en las almas al olvido, por descuido del cultivo de la memoria”. Ahora bien, los soportes técnicos multimedia y la red que los conecta con los hombres sugieren una externalización mucho más radical: prácticamente la totalidad de los signos, vectores de información o de conocimiento podrán de aquí en adelante digitalizarse, archivarse y ser accesibles. Del mismo modo, las herramientas que permiten localizar y adquirir el saber requerido *just in time* se encuentran en la red. ¿Para qué recargar, en lo sucesivo, la memoria con conocimientos tan disponibles? Podrá observarse que el *just in time open learning* es más o menos la antítesis de lo que Alain Finkielkraut (y algunos otros) todavía llaman “escuela”, un lugar cerrado donde se invierte el tiempo en aprender cosas perfectamente inútiles *just in time*.

Por un lado, la sociedad en red tiende a la homogeneización planetaria de las antiguas culturas, por la acción uniformizante de las redes de comunicación, del comercio y de la supresión de la memoria; por otro, la proliferación de las comunidades virtuales promete una explosión identitaria. La contradicción es tan sólo aparente, pues uniformización y fragmentación no se oponen, sino que se co-determinan: en la nueva economía, el hormigueo de las *Startup* no impide una concentración sin precedentes de multinacionales.

Pero la identidad no debería sobrevivir demasiado a la memoria. El hombre amnésico podría parecerse terriblemente al “Lone” del juego de amnesia www.lone101.com¹¹: “Soy Lone, soy humano. ¿Podría decirme quién soy? No recuerdo nada.” Se “reconstruye una memoria” para Lone, ya transmitiéndole nuestros propios recuerdos, ya permitiéndole hallar los elementos de su memoria en Internet. “A medida que recupera su memoria, Lone cambia poco a poco de humor y aspecto.”

Históricamente la identidad ha conocido tres fuentes que son, además, criterios de obediencia comunitaria. Las fuentes arcaicas: étnicas o religiosas, son las más duraderas, las más enraizadas, las menos “elegidas”. Las fuentes modernas: identidades nacionales que toman algunos elementos de las fuentes precedentes pero que se inspiran, no sólo en un pasado en común, sino también en un “proyecto de futuro compartido”; identidades sociales, corporativistas o ideológicas, orientadas por filosofías de la Historia. La identidad moderna es menos duradera, puede ser elegida más o menos voluntariamente. Ahora bien, en cuanto a la identidad posmoderna, ésta puede adoptarse libremente, es efímera y descartable: según el menú, en suma. Se vale de las precedentes, abreva in-

¹¹ Nótese de paso que el nombre del personaje en cuestión *significa solitario*...

distintamente en la panoplia de las creencias y estilos de vida de todos los lugares y de todos los tiempos, adapta los ingredientes más frívolos: preferencias sexuales, alimentarias, musicales o vestimentarias, perfil de consumo, etc. Sin olvidar las neo-religiones de síntesis (*New Age*).¹² En adelante, también la identidad carecerá de duración y de territorio determinable¹². No tiene profundidad, está reducida a la horizontalidad de la red.

“Cambie de piel cuando usted quiera”, titula la rúbrica multimedia de *Le Figaro*¹³. ¿“Quién no ha soñado alguna vez con cambiar de vida, con asumir una nueva identidad: ser, durante un instante, otro u otra, fiel a sus aspiraciones más profundas; y, ataviado con esa nueva piel, poder evolucionar en un universo donde todo parece posible?” Pero, para qué diablos recargarse con una piel cuando un par de jeans bastan para modelar una identidad, y cuando, además, usted puede darles una forma (¿la forma de qué exactamente?), tal como revela, sin falso pudor edípico, el fotógrafo Wolfgang Tillmans: “A partir del momento en que mi madre se sacó de encima mis jeans preferidos con el pretexto de que es-

¹² Véase, por ejemplo, el manifiesto de *Because*, en el cual algunos bisexuales se proponen afirmar su *identidad fluctuante* (*Le Nouvel Observateur*, 25-31 de enero de 2001).

¹³ *Le Figaro*, 26 de septiembre de 2000.

taban agujereados, me di cuenta de cuánto sentido tenían para mí. La idea de que la ropa es parte de uno y de que moldea nuestra identidad o que uno mismo le da una forma es algo que trato de analizar en mi trabajo [...].”¹⁴

La preferencia por la identidad “fluida” se expresa también en la producción de personajes artificiales en la Red, avatares del internauta. En el proyecto *Lifedrop* (www.virtual-worlds.net/lifedrop), se clonan criaturas digitales, antes de jugar con su ADN. En la Tecnofera de ecología sintética concebida por un artista multimedia (www.technosphere.or.uk), Jane Prophet (sic) y un técnico informático, Gordon Selley, millones de criaturas dotadas de una vida artificial autónoma evolucionan en un mundo 3D en el cual el internauta puede elegir a voluntad los atributos de su criatura, con excepción del sexo, pues todas son, necesariamente, hermafroditas: ¿por aplicación del principio de precaución y a fin de ahorrarle al mundo virtual las enojosas diferencias que afligen al mundo real sexuado? ¿Estas criaturas no prefiguran acaso las quimeras de la ingeniería genética, hombre-ternero, vaca, cerdo, pollo?

Así, no sólo las identidades se disgregan en el seno de la especie humana unificada, sino que la iden-

¹⁴ *Le Monde*, 11-12 de febrero de 2001. El artículo cita un reportaje del artista en la revista *Sleazenation* de septiembre de 2000.

tividad específica del hombre está llamada a fundirse en la gran sopa biológica¹⁵. Podemos, entonces, plantearnos legítimamente la interesante pregunta que obsesiona al Douglas Quaid de *Total Recall*: “If I am not me, den who da hell am I?”¹⁶

Crítica de la razón conéctica

Si Internet permite digitalizar todos los conocimientos, todos los libros, todas las pinturas, todos los conciertos, pero también todos los debates, todas las plegarias... eso significa que Internet contiene, “virtualmente”, todas las bibliotecas, todos los museos, todas las escuelas, todos los parlamentos y todas las iglesias. Pero, en esas condiciones, ¿es necesario seguir conservando costosamente las bibliotecas, los museos, las escuelas, los parlamentos, las iglesias... en suma: las instituciones?¹⁷

Un estrecho vínculo articula duración e institución, porque las instituciones duran, por supuesto, pero sobre todo –como pudimos ver con respecto a la

¹⁵ Podrán encontrarse referencias edificantes en el sitio <http://www.multimania.com/terresacre/manipgen.htm>.

¹⁶ “Pero, quién diablos soy yo, si yo no soy yo?”

¹⁷ ¿Será absolutamente necesario seguir produciendo libros, considerando que el gigantesco hipertexto de Internet contiene virtualmente todos los libros, a imagen de la famosa biblioteca universal de Borges?

escuela– porque acogen y protegen el derecho de cada uno a gozar de la duración, contra la irrupción de los acontecimientos, que son mantenidos a distancia de aquélla. Cuando los acontecimientos penetran en las instituciones, en general, lo hacen por efracción –el pueblo levantado o los generales golpistas en el Parlamento, la calle en la escuela, la televisión en el pretorio... Se puede apostar entonces a que esas instituciones violadas están “en crisis” o “en revolución” u “obsoletas”. De ahí un test eficaz para verificar si una institución aún está viva: ¿le piden a usted, cuando penetra en ella, que apague su teléfono celular? ¿Ese lugar todavía se sustrae a la irrupción incondicional de la red?

Ciertas instituciones parecen desmentir el pronóstico de obsolescencia: la empresa, la bolsa, la agencia de prensa. Pero son precisamente aquellas que se adaptaron con mayor espontaneidad a la organización en red. Según Jean-Joseph Goux¹⁸, la bolsa sería incluso el paradigma de la institución posmoderna. La bolsa, o más bien las subastas que permiten regular del modo más justo la oferta y la demanda, se trate de bienes materiales o de programas de televisión o de módulos de formación *on line*. Siguiendo el modelo de la empresa, primera en experimentar su solubilidad en la red (sin duda porque una em-

¹⁸ *La frivolité de la valeur. Essai sur l'imaginaire du capitalisme*, Blusson, 2000.

presa no es más que una pseudo-institución, así como no es más que una pseudo-comunidad portadora de una pseudo-cultura), las demás instituciones podrían, a su vez, volverse "virtuales", y entonces las actividades que albergan (educación, política) se diluirían, como la economía, progresivamente en la red.

Las instituciones políticas están entre las más amenazadas por la obsolescencia. Una comunidad política soberana se determina a sí misma por fronteras en el interior de las cuales se aplica una ley específica: pero ¿qué sucede con ella en un mundo sin fronteras ni etapas intermedias¹⁹ entre global y local? En verdad, no es que no haya nada entre ambos, sino que hay configuraciones efímeras, susceptibles de ser rediseñadas a voluntad, *just in time*. Ése podría ser el caso, por ejemplo, de "Europa" (la Unión Europea), reducida al estado de proceso abierto. ¿Se parecerá entonces a la ciberempresa sin fronteras, virtual, es decir, en el sentido propio del término, más acá de todas sus realizaciones posibles, rediseñada en función de los proyectos o de las circunstancias, *ad hoc*? Una Europa hipertexto, en suma. Cuando Régis Debray pone en duda²⁰ la consistencia de la Europa de los europeístas (que opone a la Europa de

¹⁹ En términos generales, los adeptos a la red desprecian a los *intermediarios* al menos tanto como a las fronteras.

²⁰ Régis Debray, en *Le Monde* del 16 de febrero de 2001. Artículo en versión integral en el sitio www.lemonde.fr

los europeos), no hace sino establecer una lista de carencias que no son aquello que le falta a la Unión, sino aquello que podría desaparecer en la red: identidad, frontera, comunidad (el "nosotros" que reúne, al oponerse a lo Otro de Europa), diferencia, "gran relato" (¿versus hipertexto?). ¿Acaso es necesario, en estas condiciones, disponer de algo más que de un cuadro geométrico variable para asegurar "la gestión pacífica de nuestras divergencias de afinidades o de intereses"?

El "ocaso de la política" se manifiesta igualmente por la crisis de las regulaciones. Existen diferentes modos de regulación económica y social: la ley, los libres acuerdos entre actores autónomos (la "co-regulación"), la opinión y los medios de comunicación masivos, el mercado, las regulaciones técnicas (como el código de la ruta o los protocolos de Internet, por ejemplo).

La sociedad en red está desprovista de regulación global –ni el mundo ni el ciberespacio tienen una "Constitución"– y ciertas modalidades de regulación parecen desaparecer en provecho de otras, más adecuadas. La ley, en particular, resulta de difícil aplicación, al menos por tres razones. En primer lugar, la aceleración del "cambio" en un mundo que sacrifica la duración que, por el contrario, la ley y el reglamento requieren. En segundo lugar, el cuestionamiento de las fronteras: una ley se aplica en un territorio dado, pero cuando se trata de Internet, la determinación del territorio legislativo plantea algunas dificultades. Por

último, una cierta pérdida de legitimidad de lo político, que algunas veces se expresa con vehemencia en los foros, abiertos, sin embargo, por los poderes públicos mismos con motivo de tal o cual debate sobre la "sociedad de la información".

Por eso, otras formas de regulación se imponen: ostensiblemente, el mercado, la co-regulación (los acuerdos entre los poderosos de la nueva economía), pero también los códigos técnicos –en un mundo virtual donde, como veremos, el código llega a ser aquello que determina toda realidad. Se opone sistemáticamente la dificultad técnica al establecimiento de regulaciones jurídicas o políticas en la Red: "Es técnicamente imposible ejercer tal o cual control".

¿Y la opinión? ¿Veremos desarrollarse una regulación por la opinión, independientemente de los medios de influencia, con el desarrollo de un espacio público a escala planetaria? Es cierto que la cuasi-totalidad del ciberespacio es pública: para acceder a ella basta con tipear una dirección URL en la zona adecuada de nuestro navegador. De ahí la utopía de un "ágora planetaria" que permita a cada uno de los seis mil millones de humanos ejercer derechos reservados hasta el día de hoy a los habitantes de los cantones suizos. Pero, para constituir un ágora, no alcanza con un dispositivo de comunicación. Un espacio público requiere una lengua y referencias culturales comunes, sin las cuales ningún debate es posible, y también instituciones y mediadores –y ya hemos visto lo que sucede con ambos en el todo-red.

Por lo demás, la noción misma de "público" experimenta extrañas mutaciones: en tanto que, en el mundo real, se privatiza sin tregua (hasta el genoma está en vías de patentabilidad), paralelamente, gracias al *peer to peer*²¹, algunos internautas reaccionan "abriendo al público" el contenido del disco duro de su computadora personal. Expulsado del ágora, el público se reconstituye espontáneamente en la más estricta intimidad.

Sin embargo, ni la desaparición de las instituciones ni la decadencia de la política provocaron la regresión del poder, sino todo lo contrario. Para ejercerse, el poder necesita captar a sus sujetos en un territorio, en un espacio institucional de legitimidad –en un espacio mental de servidumbre consentida, dirían los más desconfiados de todo poder en general. Ahora bien, la red no sólo disuelve las fronteras territoriales, sino también las fronteras de las instituciones. Disuelve las identidades estatutarias del poder (las "autoridades"), y las categorías intelectuales en las que arraiga el poder. Disuelve, en suma, su legitimidad misma, en un espacio radicalmente otro donde la presencia de las autoridades es incongruente.

Pero, a un mismo tiempo, la red provee instrumentos a un poder más sutil y más implacable. En

²¹ Literalmente: de par a par. Se trata de una organización en la cual cada uno se comunica directamente con todos ("en red") sin pasar por un servidor central.

efecto, la “puesta en red” permite a las organizaciones, que se han vuelto virtuales, escapar al destino de las organizaciones reales establecidas en la Historia, a saber, desgastarse, decaer y morir. En cambio, la organización en red puede reconstituirse a cada instante en función de las necesidades: en cierto modo, se vuelve inmortal. Y, por último, la red secreta un poder propio, inagotable, y hace que cada uno esté accesible en permanencia, disponible para todos los demás miembros. En ese sentido, las prótesis técnicas con que nos equipamos febrilmente (empezando por el teléfono celular) se parecen a las pulseras electrónicas de los prisioneros en la ciudad. Entonces, ya no hay un jefe instituido, pero sí innumerables solicitadores, dispuestos a inmiscuirse en nuestra vida a cada instante. De las tres fuentes “weberianas” del poder, dos desaparecen: el carisma (por disolución de las identidades), la tradición (en un mundo sin duración ni memoria). Queda la tercera, la racionalidad, que cobra la forma inédita de la razón conéctica. La única manera de liberarse sería entonces la desconexión. Pero ¿seremos realmente libres de desconectarnos?²²

²²Quizá se asista a la emergencia de una nueva división social, entre aquellos que pueden desconectarse y aquellos que deben responder permanentemente “presente” al llamado electrónico.

Comenzará entonces una nueva historia, más allá de lo humano

“Virtual” es una de las palabras más frecuentes en el vocabulario de los expertos de Internet: realidad virtual, comunidades virtuales, empresa virtual... Pero ¿qué significa exactamente esta palabra?

“Virtual. adj. [...] fil. o lit. Que no es sino en potencia, que está en estado de mera posibilidad en un ser real, o (más corr.) que tiene en sí todas las condiciones esenciales para su realización. V. Posible, potencial. –Sust. masc. Lo posible, lo probable y lo virtual. ‘Ser hombre es sentirse... como una multiplicidad de seres virtuales, y ser artista es traer... ese virtual a la existencia’ (Thibaudet)...” (Petit Robert).

La cuestión de las relaciones entre lo virtual y lo real agita los espíritus desde la más Alta Antigüedad. Opone, entre otros, a Aristóteles y Platón. Para Aristóteles, lo virtual (*en potencia*) es algo que aún no es real, que aún no ha accedido a la dignidad de lo real, y que quizá nunca acceda a él, puesto que sólo una parte de lo virtual será realizada (*en acto*) y el resto, abortado... Lo real, para Aristóteles, es más y mejor que lo virtual. Por el contrario, para Platón, lo real no es sino lo virtual degradado, sombras efímeras e inasibles en la pared de la caverna. Sólo las Ideas son puras, eternas, inmóviles. Ahora bien, el ciber mundo se parece más al mundo de Platón que al de Aristóteles, con la diferencia de que las Ideas platónicas son reemplazadas

por el código²³. Código binario cuyo dominio permite producir, reproducir, modificar a voluntad "realidades" arbitrarias: imágenes, obras de arte, productos, mundos (mundos virtuales o mundos de realidad virtual), y también, por medio de la manipulación del "código" genético, seres vivos, animales y, mañana sin duda, humanoides.

Por lo demás, reivindicar la propiedad de nuestro cuerpo quizá ya sea un modo de engañarse respecto de lo que realmente está en juego. Anticipándose, como siempre, a los juristas, un artista, Larry Miller, se ha percatado de que no somos legalmente propietarios de nuestros genes: entonces, a los visitantes de su sitio Web²⁴ les propone editar un certificado *copyright* de su propio genoma, para así llegar a ser un *Certified Original Human Being*.

De esta manera, tal vez lo real no desaparece del modo en red, pero, como el territorio, se encuentra devaluado, porque se ha vuelto indefinidamente producible y reproductible. Esta devaluación de lo real afecta incluso a aquello que, hasta el día de hoy, considerábamos como lo más real en lo real: nuestro propio cuerpo²⁵.

²³ Por lo demás, en su estado más acabado, la teoría platónica considera a las Ideas como *Números*.

²⁴ <http://www.creativetime.org/dnaid/copyright.html>.

²⁵ Véase David Le Breton, *L'Adieu au corps*, París, Anne-Marie Métailié, 1999.

Del carácter "abierto" de la ciencia, Francis Fukuyama extrae conclusiones sorprendentes: "El carácter abierto de las ciencias contemporáneas de la naturaleza nos permite calcular que, de aquí a dos generaciones, la biotecnología nos dará las herramientas necesarias para llevar a cabo aquello que los especialistas en ingeniería social no han logrado hacer. En ese estadio, ya habremos acabado definitivamente con la historia humana, porque habremos abolido a los seres humanos como tales. Comenzará entonces una nueva historia, más allá de lo humano"²⁶.

Y, acerca de este "más allá de lo humano", Isabelle Rieusset-Lemarié²⁷ nos abre perspectivas artísticas no menos apasionantes: "La sociedad de los clones no es el universo aséptico proveedor del tedio de criaturas banales a fuerza de ser estandarizadas, ¡es la proliferación metamórfica de criaturas transgénicas, desde el puerco con órganos humanos hasta esa oreja que ha crecido en el lomo de una rata! Efecto de singularidad garantizado, a falta de unicidad: es 'arte vivo', arte concebido directamente sobre lo vivo...".

Estaremos de acuerdo en que, comparadas con esto, las inquietudes de Alain Finkielkraut acerca de la perennidad de la escuela republicana parecerían casi fútiles.

²⁶ *Le Monde*, 17 de junio de 1999.

²⁷ *La société des clones à l'ère de la reproduction multimédia*, Avant-propos.

Recapitulación: un "manifiesto a favor del advenimiento del hombre nuevo"

Considerando que a todas luces la ciencia, la técnica y el comercio se revelan como más propicios para la paz, la prosperidad y la felicidad que las vías irracionales en que se han extraviado el espíritu y la energía de los hombres (elucubraciones y prejuicios religiosos, filosóficos o ideológicos).

Considerando que estos extravíos condujeron a caminos sin salida, y aun a monstruosidades, tales como las guerras intraespecíficas (nada frecuentes en las demás especies animales) o incluso al posible auto-aniquilamiento de la especie humana.

Considerando que la red por fin suprime el espacio, el tiempo y las fronteras que en el pasado engendraron culturas cerradas, hostiles e intolerantes, y esto, para el bien de una humanidad unificada, utópica (nunca en ningún lado, ni de ningún lado) y ucrónica (sin tiempos muertos), es decir, pacificada, benevolente y festiva.

Considerando que la red nos dispensa de sobrecargar nuestras memorias con conocimientos que en adelante estarán accesibles *just in time* para todos y cada uno, de modo tal que se borran las desigualdades intelectuales y culturales.

Considerando que la red disuelve las identidades y comunidades alienantes, que no son sino cárceles de la conciencia, en provecho de identidades de síntesis libremente consentidas y revisables, y en prove-

cho de comunidades virtuales perfectamente porosas, de modo tal que se pone fin a la intolerancia, a los conflictos intraespecíficos motivados por las diferencias y al infierno en la persona del Otro.

Considerando que así liberado de toda pertenencia duradera a una comunidad estable y cerrada, no por ello el hombre nuevo ha de aislarse en el individualismo, puesto que cada uno se halla, a cada instante y en todo lugar, accesible, virtualmente con todos-los-demás, y que su memoria personal se atrofia, de modo tal que le ahorra todo vano coloquio consigo mismo.

Considerando que la red anula definitivamente toda institución jerárquica que consolide las desigualdades, empobrezca la comunicación y ponga riendas a la creatividad.

Considerando, por último, que los progresos de la ingeniería genética se conjugan con los de la informática para brindar al hombre el dominio total de su propio patrimonio genético (a fin de programar la especie conforme a los ideales previamente afirmados), y le abren la perspectiva de la inmortalidad, sin discriminar a las demás especies vivas.

En consecuencia, los representantes más evolucionados de la especie (hasta el momento)...

Exigen la interconexión del conjunto de los seres humanos mediante conexiones de alta velocidad y per-

manentes que permitan a cada uno conectarse en cualquier circunstancia, de manera sedentaria o móvil, y quedar así disponible para todos los demás.

Se comprometen a luchar por todos los medios contra los obstáculos y las resistencias a la puesta en red.

Se comprometen a desalentar los comportamientos antisociales que requieran cualquier forma de aislamiento, ya sea individual (meditación, plegaria, lectura...) o colectiva (salón, concierto, teatro, misa).

Se comprometen a perseguir los prejuicios que valoricen de manera abusiva figuras históricas o simbólicas de la interioridad, ermitaños, monjes, investigadores individuales y otros solitarios. Aquellas obras de arte, como el *Pensador* de Rodin, que pudieran sugerir comportamientos peligrosos dejarán de exponerse, a menos que su exposición vaya acompañada de advertencias explícitas.

Nota bene. Se consentirán algunas excepciones:

- A favor de Buda, en la medida en que su meditación –a priori condenable como tal– lo conduce, en definitiva, a evadirse de la cárcel del yo;
- A favor exclusivamente de los investigadores en red cuyos trabajos tengan por objeto exclusivo el mejoramiento de las performances de la red y de los dispositivos de acceso y navegación, por un lado, y el desarrollo de la ingeniería genética, por otro.

Se comprometen a saturar las instituciones residuales de conexiones muy potentes, a fin de acelerar su disolución en la red.

Se comprometen, conforme al principio de precaución²⁸, a practicar una relectura crítica y un *reen-gineering* selectivo de las construcciones filosóficas producidas por el *homo sapiens*.

Los motores de búsqueda mostrarán sistemáticamente advertencias y resúmenes *ad hoc*, así como publicidades juiciosamente seleccionadas en el encabezado de las listas de resultados de las búsquedas que mencionen a dichas obras o a sus autores.

A título de ejemplo...

Todos los sistemas filosóficos que, de Aristóteles a Kant, destacan las categorías y otras formas de separación o de determinación se presentarán como curiosidades históricas. La *Crítica de la razón pura* es decretada obsoleta a causa de la abolición del tiempo y del espacio, y el imperativo categórico kantiano en adelante se enuncia: "¡Conéctate!". Las mónadas de Leibniz son asimiladas a los nodos de la red y cada una refleja el todo (es decir, la red), y puede, por lo

²⁸Simple precaución, sin duda, pues es difícil imaginar cómo, si el programa está bien ejecutado, los internautas podrían hallar el tiempo y la motivación necesarios para la lectura de estas obras.

tanto, liberarse de todo contenido. En cambio, el *Da-sein* de Heidegger se derrumba, puesto que no hay *da*. Por el contrario, nos esmeraremos en destacar en particular –preferentemente bajo la forma de fragmentos en hipertexto– las especulaciones teológicas, ocultistas o utópicas conformes a nuestros ideales.

Se comprometen, por último, a hacer progresar la información por todas partes, para hacer retroceder la entropía, agente de la muerte.

La tela de Penélope

¿Esta descripción caricaturesca (¡esperemos!) del mundo *cero* es pura fantasía? ¿Estamos convencidos de que nuestro “proyecto de manifiesto” no obtendría, ahora mismo, numerosas firmas entusiastas si lo pusiéramos *on line*? Con toda seguridad, muchos de nuestros contemporáneos estarán dispuestos a firmar al menos algunos de nuestros considerandos y de los compromisos que éstos suponen.

En todo caso, el peligro –si hay alguno– es fruto menos de la existencia de la red en sí misma que de las ideas y oscuras aspiraciones que la red reactiva al abrirlas la perspectiva de una realización posible. Como bien lo ha mostrado Armand Mattelart en su *Histoire de l'utopie planétaire*²⁹, la misma utopía se ex-

²⁹ Armand Mattelart, *Histoire de l'utopie planétaire. De la cité prophétique à la société globale*, París, La Découverte, 1999.

presa, por así decirlo, recurrentemente desde la ciudad profética hasta la sociedad global. Entre otros textos, cita una Epístola de San Pablo a los Efesios, donde el cuerpo de Cristo recuerda poderosamente las visiones más líricas sobre... Internet:

“Que ya no seamos niños fluctuando a la deriva por toda clase de doctrinas, conducidos por hombres que, para engañar, emplean con astucia los artificios del error.

“Antes bien, siguiendo la verdad en amor, dirijámonos hacia el líder, hacia Cristo.

“Todo su cuerpo, compuesto y bien ligado entre sí por las articulaciones que lo comunican, por una actividad repartida según la medida de cada cual, realiza su propio crecimiento para constituirse a sí mismo en el amor.”

Mucho más cercana a nosotros, la alocución de un ministro con motivo de la creación de la Unión Internacional del Telégrafo (1865) nos suena sorprendentemente familiar:

“Estamos aquí reunidos en un verdadero congreso de paz. Si es cierto que a menudo la guerra no se produce sino por malentendidos, entonces ¿no destruimos acaso una de sus causas facilitando el intercambio de ideas entre los pueblos, y poniendo a su alcance este prodigioso aparato de transmisión, este cable eléctrico, mediante el cual el pensamiento, como arrebatado por un rayo, vuela a través del espacio y permite establecer un diálogo rápido, incesante, entre los miembros dispersos de la familia humana?”

Combinando ambos pasajes se podría producir un texto que no sorprendería bajo la pluma de... Pierre Lévy. No obstante, algo nuevo hay en la era de la sociedad en red.

Por una parte, Internet no representa una "etapa" del progreso técnico, sino, en muchos aspectos, una culminación. Por primera vez, y aun cuando todavía esté lejos de concretarse, se ha vuelto, en efecto, concebible interconectar individualmente a todos los "miembros dispersos de la familia humana" por medio de un dispositivo "coordinado y bien unido gracias a todas las articulaciones que lo mantienen comunicado, por una actividad asignada según las posibilidades de cada cual" y que "lleva a cabo su propio desarrollo para construirse a sí mismo en el amor". Este "construirse a sí mismo" (¿en el amor?) evoca irresistiblemente, por lo demás, las manipulaciones genéticas ya mencionadas.

Lo nuevo, por otra parte, es aquello que denominamos el "punto culminante" de la conquista de la existencia humana por la esfera mercantil.

Lo nuevo, por último, es que, si bien los ideales formalmente exhibidos por la utopía se inspiran muy a menudo en los ideales de un humanismo que, por su parte, es heredero de tradiciones religiosas bimilenarias (y que resume bastante bien nuestro tríptico republicano: libertad, igualdad, fraternidad), las nuevas ideas apuntan —sin grandes lamentos— a la desaparición del hombre mismo o, por lo menos, del *homo sapiens*, diseñador y portador de dichos ideales.

Un humanismo sin el hombre: tal es la paradoja que debemos afrontar y resolver, pues esta fórmula resulta fundamentalmente inestable.

El ser cuyo retrato hemos exagerado ultrajantemente se emparenta más con ciertos grupos de insectos sociales muy evolucionados que con el *homo sapiens*, su ancestro. Ni hormigas, ni termitas (insectos industrialistas, del estilo "segunda ola"), sino más bien lepidópteros:

"Nos asustaba Metrópolis, seis mil millones de hormigas saint-simonianas. ¡Ahora nos enfrentamos a Tecnópolis, seis mil millones de mariposas dispersando seis billones de *cookies* en lo universal sin totalidad! Nadie sabe si las mariposas son más felices que las hormigas, pero son, indudablemente, más *cool*." ³⁰

La importancia estratégica de los dispositivos de comunicación (naturales en el insecto, técnicos en el hombre), la abolición de toda forma de individualismo auténtico (identidades de síntesis) refuerzan la analogía. Pero habría que remontarse sin duda mucho más atrás en el proceso de la evolución para encontrar las especies primitivas, inmortales por ser indiferenciadas, que inspiran el pliego de condiciones del hombre nuevo.

³⁰ Paul Soriano, *Lire, écrire... dans la société de l'information*, Paris, Descartes et Cie, 1999.

La libertad humana es, según dicen, fruto de una carencia: animal desprovisto de dispositivos instintivos de regulación que son laboriosamente sustituidos por instituciones percederas, ¿el hombre renunciará al fin a su estatus de excepción? Y, por lo demás, ¿a qué puede apuntar la técnica sino a alcanzar la eficacia inconsciente propia del instinto? Pese a las repuliones que pueda inspirar, ¿acabaremos alabando al *homo sapiens* por haber tenido el mérito histórico de organizar su propia evolución, y el coraje cósmico de consentir a su propia desaparición?

Pero apostemos más bien a que este insecto conserve suficientes nostalgias "humanistas" como para consentir a los últimos *sapiens* el asilo que, ya por los años treinta del siglo pasado, un hombre que nunca había oído hablar de Internet advertía:

"Pronto habrá que construir claustros rigurosamente aislados en los que no puedan entrar ni las hojas ni las ondas... En ellos, la velocidad, el número, los efectos de masa, de sorpresa, de contraste, de novedad y de credulidad serán despreciados. Allí será donde, ciertos días, todos irán a observar, a través de las rejillas, algunos especímenes de hombres libres."³¹

Gran parte de las ideas que inspiraron al humanismo, aun sin saberlo y contra su propia voluntad, fueron recogidas, cultivadas y transmitidas en esos

³¹ Paul Valéry, *Regard sur le monde actuel*.

claustros, que no estaban rigurosamente –ni mucho menos– aislados, y que a veces incluso estaban en red. Quizá haya que pasar por estos espacios clausurados, abiertos al infinito, por estas islas, para emprender una reconquista cuyos agentes, astutos como Ulises y fieles como Penélope (o bien a la inversa), también dominarán el arte de la navegación y el de la... Red.

Alain Finkielkraut es escritor, profesor en la *École polytechnique* y productor del programa *Répliques* en France Culture.

Paul Soriano dirige un instituto de prospectiva que trabaja sobre la economía y la sociedad en redes. Está a cargo del capítulo francés de la *Internet Society* (donde coordina el grupo Tocqueville, "Internet y la política") y de la Asociación por el comercio y los intercambios *on line*. Preside además el CICV Pierre Schaeffer, centro internacional de creación en el ámbito de las artes digitales.